

para ello no son necesarias grandes acciones. Basta con la fidelidad en todo, si no en las grandes cosas, por lo menos en las pequeñas. A los ojos de Dios, gobernar un reino es una bagatela tan pueril como dirigir una sala de asilo ó vigilar una cocina.

Lo importante, no son las acciones que uno realiza, sino la manera como las realiza, el espíritu que preside á esta realización. Lo exigido, no son cosas brillantes, sino intenciones rectas y virtud sólida. Lo que hay que considerar, no son los dones, ni la situación, sino el uso que de ellos se hace.

María no era rica ni sabia. No había recibido la unción sacerdotal, ni la misión de predicar. Su situación externa era la más humilde que pueda imaginarse. Pero superaba á todo el mundo en amor á Dios, en fidelidad á las cosas más pequeñas. Cumplía ella cada precepto, cada deseo de Dios; practicaba el ejercicio de la oración y observaba todo lo que formaba parte del culto de Dios; cuidaba celosamente la pureza de su alma, como jamás lo ha hecho nadie; cumplía en el más alto grado todas las prácticas de la vida activa y de la vida contemplativa. Por eso superó ella á todas las criaturas, y alcanzó la más alta perfección.

Sin duda que con talento y constancia, puede uno realizar grandes cosas. Pero, aun con pequeños dones, puede uno realizarlas muy grandes, cuando está dotado de gran fidelidad. Muchos, con gracias menores, han hecho infinitamente más que otros con grandes gracias.

No es humillante poseer pequeños dones, pero sí lo es no hacer nada en relación con ellos, no realizar nada con grandes facultades.

Por lo contrario, gran honor es emplear con paciencia y tenacidad humildes disposiciones naturales y gracias ordinarias, de tal suerte, que resulten de ellas una justicia, una virtud y una piedad verdaderas y sólidas.

Cuando uno ha llegado á esto, posee perfección suficiente para eclipsar todas las grandezas del mundo.

Pero para esto, no hay necesidad de milagros, ni de éxtasis, ni de acciones extraordinarias; sólo se necesita fidelidad humilde, serena, constante, en las pequeñas cosas.

Tal es la pura verdad, la cual, si fuese bien comprendida, haría reinar en la tierra una virtud sólida, y poblaría de elegidos el cielo.

Nadie nos lo enseña con más claridad que María, Madre del Salvador y nuestra, mediadora de la gracia, guía de todas las virtudes, modelo de la más elevada perfección, la más pequeña, y, por esta razón, la más grande en el reino del cielo.